

la Visión, todo el antiguo encanto, toda la frescura juvenil, huyen para siempre. "Vive para el Dolor, dice, vive en la llama del Dolor; vencedor por sentirlo, glorioso por conocerlo; saca del Dolor la serenidad valiosa y profunda y la solemne armonía. Si no lo tienes, vaga por los desiertos, corre por los arenales de la Ilusión, pide á las rojas campañas abiertas de la Vida, clama y grita: ¿Quién me da una amargura? Una amargura para iluminarme!"

Pero Cruz y Souza no pidió tristezas á su imaginación. *La balada de locos*, su extraño poema, me traerá siempre el recuerdo de una noche macabra de su vida.

La esposa del poeta, apoyada en el brazo de éste, con la razón perdida, sollozando largamente, amargamente, miraba las sombras con sus ojos extraviados y enjutos mientras su compañero se hundía en sus visiones. Y así marchaban bajo la clara luz de la luna del Janeiro, rodeados de su espléndida y riente naturaleza, fuera de los sitios que la multitud persigue en la alegría de vivir; y así iban los dos, *ella en la locura de lo real y él en la locura del sueño*, como dos espectros, bajo la clara luz de la luna.

Y así ha podido decir: el fondo oceánico de sollozos de que está hecha mi alma

Su estética especial, quintesenciada en las abstracciones, proyecta una luz nueva sobre todas las cosas. Las viste con velos de ensueño ó con armoniosas vestiduras, para que puedan darle la sensación vaga que busca. Tiene encantadoras y suaves imágenes femeninas; *Seráfica* parece desprenderse de un viejo misal, peregrinamente iluminado por un monje en la austeridad de su celda; en el *Año blanco*, una figura casta y radiante, por la que pasan relámpagos de voluptuosidades quiméricas; en los *Héretros*, la virgen que llevó á la muerte su cuerpo en flor.

La *Tenebrosa* es una torre maciza de sombras. Fantasía extravagante y encendida, por cuyas líneas cruza un soplo de deseo

gigantesco y brutal. En *Vulda*, sueña largamente con las suavidades harmónicas de un nombre de mujer.

Aunque en toda su obra, sólo se encuentra impresiones hondamente sentidas, y extrañas y nebulosas visiones, el poeta de los *Broqueis*, ha dejado vislumbrar los principios en que basa su criterio estético. Voy á procurar exponerlos, por más que no esté seguro de haberme orientado bien en su vasta y espesa selva:

La verdad en el Arte existe en cada temperamento sincero que se manifiesta, en cada sentimiento que se revela, en cada alma original que viene á decir su secreto á la vida; porque la perfecta verdad de la Vida, en su alta y pura esencia, es intangible.

Las inverosimilitudes, las coincidencias, los acasos, los presentimientos, los absurdos, las excepciones de los fenómenos generales, las corrientes de atracción, las impresiones desconocidas, los espasmos ó estados patéticos, el contacto ó choque, el encuentro magnético y curioso de las almas, lo indefinido de las cosas, parece constituir el lado secreto, ideal y fantástico del Sueño, de la Vida.

La alta verdad de la Vida está en Hamlet.

La observación, como el análisis, es un crisol para el artista; pero no es una facultad suprema. Es demasiado evidencial, demasiado física, tiene mucho de notas y de informaciones subsidiarias, y participa demasiado de la naturaleza de los trabajos de investigación material y de detalles, para poder representar la fuerza magna del pensamiento humano, por más que constituya una base para el Artista que parte de ella á las más altas abstracciones estéticas.

La observación, el análisis, la psicología depuradas, filtradas por la sensibilidad, producen en esencia la Abstracción; pero la visión interna debe quedar perfecta y profunda y no modificarse con hipertrofias, ni vicios de percepción, ni graves y anti-páticos desequilibrios de sensibilidad.